

Francis Fukuyama

¿El fin de la Historia? y otros ensayos

Presentación y selección de
Juan García-Morán Escobedo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: «The End of History?», «Reflections on *The End of History*, five years later» (1994), «Afterword to paperback 2nd edition of *The End of History and the Last Man*» (2006).

Traducción: María Teresa Casado Rodríguez («Reflections on *The End of History*, five years later» y «Afterword to paperback 2nd edition of *The End of History and the Last Man*», 2006). La traducción al español de *The End of History* se publicó en *CLAVES de Razón Práctica* (ISSN 1130-3689, n.º 1, abril 1990, págs. 85-96) y se reproduce por cortesía de Prisa Revistas.

Primera edición: 2015

Cuarta reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © de los textos originales: Francis Fukuyama, 2015. Se reproduce con permiso de International Creative Management, Inc.
- © de la selección, la presentación y la nota biográfica: Juan García-Morán Escobedo, 2015
- © de la traducción de «The End of History?»: Prisa Revistas, 1990
- © de la traducción de «Reflections on *The End of History*, five years later» (1994), «Afterword to paperback 2nd edition of *The End of History and the Last Man*» (2006): María Teresa Casado Rodríguez, 2015
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-9148-0

Depósito legal: M. 19.101-2015

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 El «gran relato», rehabilitado: Francis Fukuyama y «el fin de la Historia», por Juan García-Morán Escobedo
- 51 Nota biográfica de Francis Fukuyama

- 55 ¿El fin de la Historia?
- 102 Reflexiones sobre «El fin de la Historia» cinco años después
- 141 Epílogo a la segunda edición en rústica de *El fin de la Historia y el último hombre* (2006)

El «gran relato», rehabilitado: Francis Fukuyama y «el fin de la Historia»

El fin de la Historia como triunfo de la democracia liberal

Rara vez un artículo tan breve ha tenido una repercusión tan impactante o ha logrado generar tantas críticas, comentarios y controversias como «The End of History?», publicado por el pensador estadounidense de origen japonés Francis Fukuyama en la revista de acreditada tendencia conservadora –no en vano fue fundada por Irving Kristol con el declarado propósito de reemplazar el consenso liberal de la vida intelectual norteamericana por un clima más conservador– *The National Interest* en el verano de 1989¹. Expuesto con

1. Francis Fukuyama: «The End of History?», *The National Interest*, núm. 16, verano de 1989, pp. 3-18 (una versión en castellano de «¿El fin de la Historia?» apareció en la revista *Claves de razón práctica*, núm. 1, abril de 1990, pp. 85-96). Por lo demás, las credenciales conservadoras del

una claridad, concisión y amenidad no exentas de rigor, densidad y firmeza, con un estilo brillante y persuasivo y con un deliberado afán provocador, pretendía ofrecer una explicación, acompañada de ciertas prognosis de futuro, sobre los acontecimientos que se estaban desencadenando en aquel entonces y que se saldaron, como es bien sabido, con el estrepitoso derrumbe del «socialismo real» y el consiguiente final de la Guerra Fría.

Ciertamente, la emblemática fecha de 1989 puede ser considerada con razón un verdadero punto de inflexión histórica, de esos que marcan una divisoria en el tiempo y permiten hablar de un antes y un después. Esto ha llevado a algunos a cifrar en ella el prematuro final del siglo XX y, a la postre, del milenio: es el caso, entre otros, del conocido historiador marxista británico Eric Hobsbawm, quien en su *Age of Extre-*

propio Fukuyama no se reducían al mencionado perfil de la revista en que apareció publicado su ensayo, ya que éste tuvo su origen en una conferencia pronunciada en el Centro John M. Olin de la Universidad de Chicago (el hogar de los economistas neoliberales) durante el curso académico de 1988-89, invitado por los profesores Nathan Tarcov y Allan Bloom (este último también autor, en su día, de otro célebre *best-seller* conservador: *The Closing of the American Mind*). El hecho, asimismo, de que viniese avalado por su condición de director adjunto de la Oficina de Planificación Política del Departamento de Estado durante la Administración de Georges H. W. Bush, le hacía aparecer como un producto del *establishment* conservador que, allá por la década de los ochenta de la pasada centuria, contribuyó a poner en marcha la pretensión de Kristol de desplazar al liberalismo como filosofía pública preponderante en los Estados Unidos. Con todo, y más allá de estas primeras *apariencias*, acaso convenga advertir que no resulta tan sencillo encasillar a nuestro autor bajo la etiqueta de conservador *avant la lettre*, habida cuenta de la ambigüedad, complejidad y evolución posterior de su pensamiento.

mes (1994) se ha referido al pasado siglo XX con la expresión de «siglo corto» frente al «siglo largo» representado por el siglo XIX. Es decir, que puestos a interpretar la Historia en clave ideológico-política, el siglo XIX habría comenzado en 1789 (con la Revolución Francesa) y culminado en 1914 (con la Primera Guerra Mundial), mientras el siglo XX habría empezado en 1914 y culminado en 1989.

Pero sin duda ha sido Francis Fukuyama quien ha ido mucho más lejos en este sentido, al cifrar en tales acontecimientos nada más y nada menos que el final mismo de la Historia. Impulsado por los medios de comunicación de todo el mundo, su impactante y controvertido artículo pronto alcanzó una vertiginosa y extraordinaria resonancia: no en vano daba la impresión de haber sabido captar y expresar una sensibilidad general existente, condensando en unas pocas páginas la imagen representativa de toda una época. No tardó en ser aclamado por el prestigioso –y poco sospechoso de conservador– diario británico *The Guardian* (7 de septiembre de 1990) como uno de los «textos claves de nuestra época», al tiempo que su autor cobraba fama mundial. Y por más que el propio Fukuyama nunca se ha cansado de repetir que él no es ningún profeta ni futurólogo –«no sólo no puedo ver ni prever el futuro de la política mundial sino ni siquiera mi propio futuro», solía decir con su proverbial ironía–, reconozcámosle al menos que demostró poseer unas extraordinarias dotes de predicción: su artículo está escrito meses antes de la caída del Muro de Berlín y de la cadena de

acontecimientos que se produjeron a partir de este suceso, lo que sin duda contribuyó eficazmente a su éxito. Pero la satisfacción y hasta el entusiasmo con los que fue recibido su artículo en determinados círculos políticos, académicos y mediáticos se debió también, en considerable medida, a que planteaba en sus páginas una cuestión que amplios sectores del público occidental en general (y del estadounidense en particular) deseaban fervientemente: algo así como la demostración *teórica* de que el sistema liberal-capitalista era insuperable y, por tanto, no resultaba descabellado, sino más bien razonable, prever su extensión e imposición en todo el mundo. Al fin y al cabo éste era, precisamente, el hilo rojo argumental que recorría de un extremo a otro el texto de Fukuyama: el sistema de valores de Occidente (o de «la *idea* occidental», según sus palabras) había demostrado ser el mejor en el curso de la historia y, por consiguiente, constituía el único fundamento válido para el porvenir de la humanidad.

La tesis central sobre la cual giraba todo el artículo planteaba si, con el colapso del comunismo en la Unión Soviética,

lo que podríamos estar presenciando no es simplemente el fin de la Guerra Fría o la desaparición de un determinado período de la historia de la postguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano.

Es decir, con la derrota y el descrédito del fascismo en la Segunda Guerra Mundial y ahora del comunismo (los dos grandes contrincantes que se presentaron como alternativas de la democracia liberal), y teniendo también presente la vía democrática que habían seguido durante las décadas setenta y ochenta los países del sur meridional de Europa (Grecia, Portugal y España), de América Latina y de Asia oriental (las perspectivas parecían menos halagüeñas para el continente africano), quedaba claro que el final de la Guerra Fría se había saldado con un vencedor absoluto e indiscutible, al que ya no le quedaban serios rivales o competidores: la democracia liberal.

Ahora bien, conviene advertir que aquí se está hablando de un final referido a la esfera de la conciencia o al plano de las ideas; esto es, de un final en un sentido ideológico-político, de acuerdo con el cual ya no quedarían hoy día ideologías políticas que puedan realmente aparecer como alternativas legítimas y viables a la democracia liberal. El conflicto entre ideologías rivales que había impulsado el desarrollo de la Historia en estos dos últimos siglos –y lo que es más, el debate ideológico de siglos de antigüedad sobre la mejor forma de gobierno–, se habría resuelto definitivamente a favor de la democracia liberal. En este sentido, no ha pasado desapercibida la afinidad que la tesis del «fin de la Historia» de Fukuyama guarda con la teoría del «fin de las ideologías» que, allá por los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, postularon autores como Raymond Aron, Seymour

M. Lipset, Edward Shils y, tal vez con mayor consistencia, Daniel Bell en *The End of Ideology* (1960). Pero con una importante salvedad digna de ser tenida en cuenta: para nuestro autor sí que habría una ideología claramente dominante, la democrático-liberal (convertida de pronto, por así decir, en la ideología *ideal*: aquella que defiende o hace suya la causa de la libertad, de la justicia y de los derechos humanos). Con su incuestionable triunfo, la democracia liberal se revela además ahora como «el significado de la Historia», es decir, como el resultado último al que conduce la propia lógica del desarrollo histórico. Pero insistamos en que no se trata solamente de un triunfo político práctico sino sobre todo teórico o intelectual, esto es: de «la victoria de una idea sobre otra».

De manera que con la expresión «el fin de la Historia» nuestro autor no se refería –como algunos de sus más apresurados y atolondrados intérpretes corrieron a señalar con manifiesta ligereza– a la supresión de todo conflicto social significativo ni, menos aún, al cese de todo acontecimiento empírico digno de mayor o menor trascendencia histórica, sino más bien a un «principio de inteligibilidad» o a un «marco conceptual» con los que poder discriminar entre «lo esencial y lo contingente o accidental en la historia mundial». Da pues la impresión de que tales intérpretes hubiesen interrumpido su lectura justo en el párrafo anteriormente citado, cuando lo cierto es que a continuación puede leerse:

Esto no quiere decir que no vayan a producirse más acontecimientos que puedan llenar las páginas de los resúmenes anuales sobre relaciones internacionales del *Foreign Affairs*, pues la victoria del liberalismo se ha producido principalmente en la esfera de las ideas o de la conciencia, y aún es incompleta en el mundo real o material. Pero hay poderosas razones para creer que éste es el ideal que se impondrá en el mundo material *a largo plazo*.

Dicho de otro modo, para Fukuyama el mundo posthistórico dista de ser ahistórico. O por decirlo también en los términos, más atinados en esta ocasión, de uno de sus intérpretes: «Lo que el señor Fukuyama previó no fue el fin de la historia –entendida como el minúsculo reino de los acontecimientos y sucesos diarios– sino el fin de la Historia: un proceso evolutivo que representaba la autorrealización de la libertad en el mundo. El *fin* que él tenía en mente consistía en la realización de un telos: se trataba más de una *culminación* que de una *conclusión* o *final*»². Y es aquí donde

2. Roger Kimball: «Francis Fukuyama and the End of History», *The New Criterion*, vol. 10, núm. 6 (febrero 1992), pp. 1-10, p. 2. En términos muy parecidos se ha expresado Jacques Derrida, para quien la tesis de Fukuyama «obliga a preguntarse si el fin de la historia no es más que el final de un *determinado* concepto de historia», a saber: el de ese concepto tan familiar en Occidente para el que la historia constituye un espacio de enfrentamiento ideológico entre sistemas mundiales que compiten entre sí (en los últimos tiempos la democracia liberal contra el comunismo). Para Derrida, es precisamente ese concepto de historia el que habría llegado a su fin con el colapso del comunismo, pero no la historia en sí ni cualquier otro posible concepto de historia. Véase al respecto su *Spectres de Marx*, Éditions Galilée, París, 1993, p. 38. (Hay trad. de José Miguel Alarcón y Cris-

estaría el verdadero quid del asunto, pues para comprender en sus justos términos (que como vamos a ver no son sino los términos del idealismo hegeliano) el núcleo teórico de la tesis de Fukuyama, es preciso remitirse a la larga y compleja genealogía intelectual que subyace a la idea misma del «fin de la Historia»³.

Como él mismo reconoce en su texto, dicha idea no es original. Proviene de Karl Marx (aunque en estricta puridad filológica éste más bien habló del «fin de la prehistoria»), quien a su vez la tomó prestada de su gran predecesor G. W. F. Hegel, si bien nuestro autor admite que sigue aquí la original interpretación de este último efectuada por el filósofo franco-ruso Alexandre Kojève en sus célebres conferencias sobre la *Fenomenología del espíritu* dadas en la École Pratique des Hautes Études de París entre 1933 y 1939. De acuerdo con esta interpretación, para Hegel la Historia habría llegado a su fin en 1806 con la victoria de Napoleón sobre las tropas prusianas en la batalla de Jena, por cuanto significó la puesta en práctica de los ideales de la Revolución Francesa una vez plasmados en los principios políticos del Estado liberal democrá-

tina de Peretti, *Espectros de Marx*, Editorial Trotta, Madrid, 1995). Una breve pero clarificadora visión de la posición de Derrida sobre este asunto puede verse en Stuart Sim, *Derrida and the End of History*, Icon Books, Cambridge, 1999.

3. Sobre el linaje intelectual de la idea del «fin de la Historia» y la original contribución a este respecto de Fukuyama, ha dado cuenta Perry Anderson en «The Ends of History», recogido en *A Zone of Engagement*, Verso, Londres-Nueva York, 1992, pp. 279-375. (Hay trad. de Erna von der Walde, *Los fines de la historia*, Anagrama, Barcelona, 1992).

tico. La victoria de estos ideales y principios políticos, encarnados en lo que Kojève llamaba el «Estado universal y homogéneo», habría resuelto todos los grandes conflictos y «contradicciones» que hasta entonces habían caracterizado el curso de la Historia humana, poniendo así punto final a la evolución ideológica de la humanidad.

Tal vez ahora, tras esta breve alusión a los antecedentes intelectuales de la idea del «fin de la Historia», nos hallemos mejor pertrechados para comprender que la pregunta decisiva que Fukuyama plantea para saber si realmente hemos alcanzado el final de la Historia, sea la siguiente: «¿existen “contradicciones” fundamentales en la vida humana que, no pudiendo resolverse en el marco de la democracia liberal capitalista, encontrarían una solución mediante una estructura político-económica alternativa?». Cabe dar por sabida su respuesta.

Pues para nuestro autor, insistamos una vez más en ello, pero ahora a modo de recapitulación: «el *ideal* de la democracia liberal no puede ser superado». Con el corolario lógico que de esto se sigue: el fin de la Historia representa, sobre todo, el final del socialismo (y huelga decir que también va implícito en ello: el final del marxismo-leninismo como fuerza motriz intelectual capaz de articular un proyecto político alternativo). En definitiva, el liberalismo quedaría como la única filosofía política legítima. Acaba de derrotar a su gran enemigo, el socialismo, y se dispone a celebrar su victoria en ese feroz enfrentamiento entre ideologías políticas rivales en que consistió la Guerra Fría.

Los argumentos esgrimidos por Fukuyama y el tono triunfal utilizado no son sino expresión de esa euforia que llegó a suscitar en su día, en todo el mundo occidental, el hundimiento del comunismo. De ahí esos tonos amables con los que va pintando, conforme avanza su ensayo, un escenario de lo más optimista para el siglo XXI: parecía abrirse no ya para Occidente sino para el mundo entero, bajo la consigna de un «nuevo orden internacional», un período de paz, prosperidad y libertad en el que la universalización de la democracia liberal se presentaba como un proceso más o menos lento pero inexorable⁴.

Súbitamente, sin embargo, en el último apartado de su artículo Fukuyama abandona ese confiado optimismo en el destino democrático de la humanidad para dar paso, de manera tan inesperada como desconcertante, a un sombrío escepticismo acerca de la época

4. El contrapunto a tan halagüeño pronóstico expresado en «¿El fin de la Historia?» respecto a las, por así decir, «relaciones internacionales», no tardó en llegar de la mano de Samuel P. Huntington y su no menos famoso «¿The Clash of Civilizations?» (*Foreign Affairs*, vol. 37, núm. 3, 1993, pp. 22-49; hay trad. de Carmen García Trevijano, «¿Choque de civilizaciones?», Tecnos, Madrid, 2002), convertido tres años después en un grueso volumen: *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996 (hay trad. de José Pedro Tosa Abadía con revisión de Rafael Grasa, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona, 1997). Para Huntington, como es sabido, la desaparición de los «conflictos ideológicos» tras el final de la Guerra Fría abría paso a unos «conflictos identitarios» que presagiaban un futuro escenario de confrontación en la política mundial. Entre la amplísima bibliografía que se ha ocupado de contrastar ambos textos y sus respectivos autores quisiera destacar, por su pormenorizado análisis de carácter monográfico, el libro de Mara Fornari: *End and Clash. Il contributo di F. Fukuyama e S. P. Huntington alla riflessione politica contemporanea*, il glifo (e-book), 2012.

posthistórica misma. Como si con un brusco golpe de timón quisiera provocar un cambio de rumbo en su argumentación, con su melancólica alusión al «último hombre» nietzscheano acaba evocando un mundo futuro carente de afán competitivo, de espíritu de lucha, de heroísmo e idealismo, un mundo habitado por individuos satisfechos de sí mismos sin más cometido ni finalidad que el disfrute de su bienestar material y de sus placeres hedonistas. Con lo cual la anunciada victoria final y definitiva de la democracia liberal podría acabar significando no tanto el comienzo de una nueva era de libertad y creatividad, como el final de la lucha dialéctica entre grandes ideas que había dado significado a la Historia. De ahí ese sentimiento de tristeza que experimenta nuestro autor ante la perspectiva de un tiempo posthistórico y que le lleva a expresar, esta vez con un tono de amargo escepticismo:

El fin de la historia será un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida por una meta puramente abstracta, la lucha ideológica a nivel mundial que requería audacia, coraje, imaginación e idealismo se verá reemplazada por el cálculo económico, la interminable resolución de los problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y la satisfacción de las sofisticadas demandas consumistas. En la era posthistórica no habrá ni arte ni filosofía, sólo la perpetua conservación del museo de la historia humana.

De ahí también esa sensación de «fuerte nostalgia» que dice sentir por los viejos tiempos en que existía la

Historia, y que le lleva a concluir su ensayo expresando con cierta incredulidad: «Quién sabe si esta misma perspectiva de siglos de aburrimiento al final de la historia servirá para que la historia vuelva a empezar una vez más».

No tiene nada de sorprendente, así pues, que la última parte de su artículo haya provocado tantas y tan variadas reacciones e interpretaciones. ¿Estamos ante una clara muestra de sutil ironía por parte de nuestro autor?, ¿de descarado cinismo?, ¿de cruda veracidad?, ¿de pura nostalgia? Dejemos por de pronto las interrogantes abiertas, no sin antes advertir cómo la propia posición de Fukuyama respecto al «fin de la Historia» termina siendo más ambigua, ambivalente y compleja (y por consiguiente, también más interesante) de lo que a primera vista podría parecer. Pues al pensar que el aburrimiento o la nostalgia podrían volver a poner en marcha la Historia, tal parece que concluya su relato dejando abierta la puerta al carácter inacabable e impredecible de la misma.

Críticas y contracríticas

Como cabía suponer, la polémica estaba servida. La audacia de que hacía alarde «¿El fin de la Historia?», cuyo osado título sugería la posibilidad misma de que hubiésemos llegado al final de la Historia, provocó de inmediato todo un aluvión de críticas y acusaciones no pocas veces contradictorias entre sí. Su autor fue tildado de «Hegel redivivo» y a la vez de «intérprete

equivocado» de Hegel, de «apologista» del capitalismo y a la par de «último marxista», de valedor del imperialismo occidental y aun de vocero de la política exterior estadounidense, de ofrecer una evidente muestra de cinismo provocador detrás de la claridad y el desparpajo de su argumentación, y una larga serie de cosas por el estilo. Pero quizás lo más sorprendente es que sus tesis suscitaron un rechazo ampliamente generalizado, es decir, que tales críticas y acusaciones le llovieron desde casi todos los lados del espectro político-ideológico, no sólo (como acaso cabría esperar) desde el lado llamémosle «progresista» sino también (por extraño que pudiera parecer) desde el lado digamos «conservador». De hecho, ya en el mismo número de *The National Interest* en que apareció publicado «¿El fin de la Historia?», éste se presentaba acompañado de una serie de comentarios que, a modo de debate, venían firmados por algunas de las más destacadas figuras del elenco conservador, tales como Allan Bloom, Irving Kristol, Gertrude Himmelfarb, Samuel P. Huntington o Daniel P. Moynihan entre otros.

La respuesta de Fukuyama a esta primera oleada de críticas, «A Reply to My Critics», se produjo apenas un año después de nuevo en las páginas de *The National Interest* (núm. 18, invierno 1989-90, pp. 21-28)⁵. Tras

5. Esta «Respuesta a mis críticos» apareció publicada (trad. de Leopoldo Rodríguez Regueira) en la sección «Temas de nuestra época» del diario *El País*, 21 de diciembre de 1989, pp. 3-6.

comenzar aquí afirmando que la mayor parte de esas críticas no eran sino el resultado de una serie de mal-entendidos o interpretaciones erróneas, echando mano de su consabida ironía añadía que

es bastante evidente que muchos comentaristas no se han molestado en leer todo el artículo, sino tan sólo un resumen. Quizás se pueda entender que algunos de quienes tuvieron a bien comentar *The Closing of the American Mind* de Allan Bloom o *The Rise and Fall of the Great Powers* de Paul Kennedy no hayan logrado leer esos libros en su totalidad, ya que el primero era muy profundo y el segundo muy largo. ¡Pero no haber tenido tiempo de leer hasta el final un artículo de dieciséis páginas!

Si bien no es posible dar aquí una detallada cuenta de todas esas críticas, en aras de una mayor claridad expositiva voy a tratar de agrupar y sintetizar las más importantes, junto con las correspondientes respuestas que merecieron por parte de nuestro autor, enumerándolas como sigue:

1.^a La primera y más común de esas críticas tendría que ver, como ya hemos apuntado, con la idea misma de «conclusión histórica». Pues como dicta el sentido común, siempre habrá acontecimientos nuevos e inesperados. Sin embargo, Fukuyama recuerda que está usando el término «Historia» en el sentido hegeliano más restringido de «Historia de la ideología», por lo que «el fin de la historia no significa el fin de los acon-

tecimientos mundiales, sino el fin de la evolución del pensamiento humano acerca de los principios fundamentales que rigen la organización político-social». Esto tampoco significa que todos los Estados actuales sean –o pronto lleguen a ser– democráticos; ni que algunos que ya son democráticos no puedan sufrir un retroceso hacia alguna forma de gobierno teocrática o de dictadura militar; ni que el llamado Tercer Mundo no vaya a permanecer largo tiempo empantanado en la Historia y padeciendo todo tipo de violencias. Pero nada de esto invalida el hecho, en su opinión, de que en el mundo se haya generado un consenso sin precedentes a favor de la democracia liberal.

2.^a Algunas críticas señalaban la existencia y la presumible irrupción de las guerras entre los Estados como la más fehaciente demostración de que la Historia no había llegado a su fin. Para Fukuyama, sin embargo, en un mundo sin conflictos ideológicos los Estados compartirían un acuerdo normativo común: la democracia liberal y la economía de mercado. No afirma que la guerra esté a punto de cesar entre todos los Estados ni que estemos a un paso de entrar en una época de «paz perpetua» de la sociedad internacional, pues muchos Estados aún no son democracias liberales y, por tanto, permanecerán un tiempo más largo atrapados en la historia. Pero sí sostiene que cuantos más Estados abandonen la historia y pasen a formar parte del «mundo posthistórico», más se desarrollará entre ellos una unión pacífica que eliminará de forma creciente la posibilidad de los conflictos bélicos, como

corroborar el hecho de que jamás se hayan producido guerras entre Estados democráticos. Añade también que la mejor garantía de paz para los países democráticos que forman parte del «mundo posthistórico» es, precisamente, la difusión de la democracia liberal en aquellos países donde ésta no existe y siguen formando aún parte del «mundo histórico».

3.^a Otras críticas apuntaban a los problemas derivados de la desigualdad, la pobreza y la miseria como la mayor amenaza para la estabilidad de las propias sociedades liberales capitalistas. Pero Fukuyama responde que no se trata de problemas tanto de *clase* como *culturales*; es decir, que tales problemas no se deben tanto a las fuerzas del mercado como a las desventajas culturales que aparecen con frecuencia asociadas al «legado histórico de las condiciones premodernas» (como reflejaría el caso de los negros en Estados Unidos, cuya situación tendría más que ver con el legado premoderno de la esclavitud que con la lógica igualitaria del liberalismo). Además, constata que entre los muchos críticos que hicieron especial hincapié en los numerosos problemas económicos y sociales de las sociedades liberales contemporáneas, ninguno se mostró dispuesto a proponer abiertamente el abandono de los principios liberales con el fin de resolver tales problemas.

4.^a Había también otras críticas que insistían en la amenaza que para la democracia liberal podía entrañar la irrupción de otras ideologías como el propio comunismo, el fundamentalismo islámico, el nacionalismo o algunas nuevas que aún desconocemos. Fuku-

yama admite que seguirá habiendo conflictos originados por estas cuestiones sobre todo en los llamados Tercer y Segundo Mundo, como típicos de regiones que continúan estancadas en la historia, si bien están llamados a tener escasa relevancia en el mundo posthistórico. Por lo que se refiere, en primer lugar, a la persistencia de la «fuerza» del comunismo ya sea en el mundo real o como ideal, no cree que pueda seguir manteniéndose por mucho tiempo debido a su «pérdida de atractivo y universalidad». Por lo que concierne al fundamentalismo islámico, considera que a pesar de la pretensión del Islam de ser una religión universal, carece de atractivo alguno fuera de las comunidades que ya eran previamente musulmanas, añadiendo que su actual resurgimiento se explica mejor como una reacción del fracaso experimentado por las sociedades musulmanas ante el poderoso atractivo del liberalismo occidental. Por lo que respecta al nacionalismo, en cambio, su desafío le parece mucho más serio, dada la innegable fuerza del sentimiento nacionalista en el mundo posthistórico. Llega incluso a afirmar que en el curso de los próximos años «no es demasiado inverosímil imaginar la vuelta de los enfrentamientos militares a Europa, pero por cuestiones nacionales más que ideológicas» (huelga decir que una vez más acertó plenamente, en vista de lo ocurrido poco después en la antigua Yugoslavia). No obstante, agrega, para que un conflicto nacionalista adquiriera la dimensión de «las grandes guerras ideológicas del pasado» o se torne una «grave amenaza para el orden mundial»